

TRANSCRIPCIÓN DE LA PRESENTACIÓN, POR PARTE DEL PRESIDENTE DE D. ALFONSO GUERRA GONZÁLEZ, CON MOTIVO DE SU CONFERENCIA SOBRE "LA CULTURA POPULAR EN LA SEGUNDA REPÚBLICA", ORGANIZADA POR EL FESTIVAL DE TEATRO DE MÉRIDA DENTRO DEL CICLO DE CONFERENCIAS "EN TORNO A LA XIRGU Y LA II REPÚBLICA", COMO CONMEMORACIÓN DEL 75 ANIVERSARIO DEL FESTIVAL DE MÉRIDA.

Mérida, 24 de abril de 2008

Muchas gracias.

Buenas tardes, autoridades locales, provinciales, regionales y nacionales (risas).

Señoras y señores, queridos amigos, que implica amigas, queridos amigos implica amigas.

Me toca en este acto hacer la parte más sencilla de las cuatro personas que van a intervenir, que es presentar al conferenciante que abre este ciclo de conferencias, al compañero y amigo Alfonso Guerra. La parte más sencilla porque, uno, conozco creo que bastante bien, en la medida en que se puede conocer a una persona, a Alfonso Guerra y por lo tanto no me costará mucho trabajo hablar de él; y en segundo lugar porque estoy escribiendo un libro y en ese libro Alfonso Guerra tiene una fotografía cariñosa por parte mía. Y entonces, en contra de mi costumbre, voy a leer la parte del libro en el que abro... hablo de Alfonso Guerra, aunque en más capítulos la figura de Alfonso Guerra es importantísima en lo que quiero contar. El otro día yo leí en un artículo de un periódico extremeño, hace 4 o 5 días, 3 ó 4 días, el deseo que tenía quien escribía de que ya que no se me pudo echar de la Junta de Extremadura que por lo menos se me olvidara, y empieza un proceso de intentar, liderado por el comentario, intentar olvidar, como dice, decía que se había olvidado al gran líder que fue Felipe González. Tres páginas más adelante el Director hablaba del gran líder.

Yo creo que será bastante difícil, el empeño lo merece, pero será bastante difícil que se pueda echar tierra sobre la obra más importante que dos generaciones de extremeños, en la que yo tuve un protagonismo especial, hemos hecho a lo largo de toda la historia de Extremadura. Nunca jamás se hizo lo que hemos sido capaces de hacer en 25 años. Cualquier corte que se dé a la historia de España o a la historia de nuestra región será incomparable con los 24 años que hemos vivido juntos del año 83 al año mil nove... al año 2007, después de un proceso autonómico en el que poca gente creía pero que algunos llevamos adelante.

En fin, de mí puede ser que a lo mejor se consiga, pero de Alfonso Guerra imposible, de Alfonso Guerra será imposible que se pueda nadie olvidar de un personaje como el que esta noche va a disertar sobre la cultura popular en la República. La primera vez que yo conocí a Alfonso Guerra fue en un mitin político, hace ya unos cuantos años, fue mi primer mitin político, no era el suyo. Fue en Extremadura, concretamente en la ciudad de Badajoz. Recuerdo que en aquel tiempo además la escenografía era distinta a los mítines actuales. Los oradores nos poníamos en los escenarios y cuando íbamos saliendo entre bambalinas recuerdo que Alfonso, que venía detrás de mí, me dijo: "¿De qué vas a hablar?". Le dije: "Voy a hablar de socialismo y libertad". Y me dice: "¿Y eso qué es?". Dice: "Dame los papeles que yo vea antes que..." (risas)

Y cogió los papeles no para censurarme, sencillamente para romperlos. (risas) Y dándome un pequeño empujón me dijo: "Venga, que los mítines no se leen". (risas) Fue la primera lección que recibí de Alfonso, de las muchas que he recibido y espero seguir recibiendo a lo largo de mi vida.

Empezaré diciendo que yo a Alfonso Guerra lo conocí cuando acababa de entrar, con algunas otras personas que hay aquí, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla. Su presencia créanme que impresionaba y su mirada más todavía. Guerra tendría entonces 28 o 30 años, el pelo largo, la barba negra y una trenca. Detrás de sus gafas descubrí una mirada aguda y sarcástica en la que podía instalarse la ironía o el asombro.

De entrada me impresionó que Alfonso, pese a estar estudiando allí, en Filosofía y Letras, mirara con cierta distancia los movimientos estudiantiles de entonces. Con él aparentemente como que eso no iba. Nos

contemplaba a los estudiantes como diciendo: "Estos pequeños burgueses, haciendo esas tonterías". Esa distancia la mantuvo a lo largo de toda la carrera, aunque ello no le impedía aleccionarnos sobre lo que había que hacer, lo que demostraba que de verdad le interesaba muchísimo que existiera un movimiento estudiantil en la España de 1969-1970. La verdad es que te incomodaba cuando veías a esa persona que te aleccionaba sobre huelgas y manifestaciones y a continuación, cuando llegamos a su librería después de una refriega policial, te miraba con sorna como diciendo "Muchacho, ¿qué te crees que estás haciendo, la revolución? La revolución es una cosa mucho más seria, la hacen los obreros y no un grupito de estudiantillos". Poco a poco fui constatando que Guerra en Sevilla era como el Dios cristiano, estaba en todas partes. (risas) Impartía clases de dibujo técnico en la Escuela de Aparejadores, y según testimoniaban sus alumnos era un excelente profesor. Si ibas a comprar un libro a la librería "Antonio Machado" allí estaba Alfonso Guerra para asesorarte sobre las últimas novedades prohibidas; si ibas al cineclub era él quien presentaba las películas y llevaba a cabo el coloquio posterior; dirigía un grupo de teatro; y después supe también que estaba en la dirección nacional del Partido Socialista Obrero Español. Además, cuando había que hacerlo se enfrentaba a los catedráticos con un desparpajo y una soltura increíble, casi desvergonzada. Recuerdo una conferencia que organizamos en la Facultad de Derecho dictada por José Batlló, Director de la Revista "De la poesía al bardo", catalana, que se editaba entonces en Barcelona. Previamente invitamos a un café al conferenciante en la Facultad de Derecho que iba a disertar sobre Pío Baroja. El Catedrático de Literatura, una bellísima persona por otra parte, que iba a presentar al conferenciante vino a tomar café con nosotros y le preguntó a Batlló que si conocía el opúsculo que él había escrito sobre Baroja. Inesperadamente, antes que contestara Batlló respondió Alfonso Guerra, que además era alumno suyo, éramos alumnos suyos, y dijo: "Yo lo he leído. Es una mierda y no aporta nada". (risas) El Catedrático, como esos personajes tristes de sainete, no vio otra salida que excusarse ante el alumno: "Bueno, es que no he pretendido hacer más que un pequeño recuerdo por su centenario". A Alfonso Guerra le daban matrícula de honor en literatura. Su tema preferido era "La Regenta", un verdadero experto. En todos los exámenes, aunque le preguntaran por el "Mío Cid" terminaba hablando de los méritos de la voluminosa obra de Clarín, y sin duda muy bien, tan bien que le daban matrícula de honor. Yo por entonces militaba en un estafalario y reducidísimo grupo denominado Asociación de Maestros Marxistas-Leninistas Revolucionarios. (risas) Concedores de la militancia socialista de Alfonso el grupo le invitamos a una charla sobre marxismo con la intención de dejar al descubierto las carencias del reformista estudiante librero. Nos dejó hablar. Cuando ya no tuvimos más que decir, que era poco, empezó él. Me dejó impresionado por su cultura y por la claridad de sus ideas, aparte de que fue enfrentando una a una mis aprensiones y respondiendo con contundencia a cada una de las preguntas que se le formulaban. Siempre he preferido el razonar a las consignas. Las consignas las abandono fácilmente, no así las convicciones. Por eso me interesó Alfonso Guerra muchísimo. Me ayudó a dejar de lado algunos dogmas juveniles a la vez que fortaleció y me fortaleció en mis posiciones. A partir de entonces se establece no sólo una relación de trabajo sino una amistad que afortunadamente hoy perdura. Colaborábamos en las tareas políticas y nos apoyábamos en los estudios. Alfonso faltaba mucho a clase por sus viajes a Francia. Paco Fuentes y yo le pasábamos los apuntes que regularmente iba a recoger a nuestro piso. Tengo el recuerdo de un hombre sorprendente. Nos imponía un gran respeto, en gran medida porque estábamos convencidos de encontrarnos ante un personaje singular y extraordinario, pero también por su solidaridad y su amistad. Cuando Paco Fuentes y yo nos fuimos un año a Francia a consecuencia de algún lío en la Universidad quien nos mandaba los apuntes a París, donde estaba Paco, y a Nantes, donde estaba yo, era un estudiante llamado Alfonso Guerra. Dada la impronta de su carácter, te lo habrías esperado de cualquiera menos de Alfonso Guerra. El primer dinero que gané como estudiante fue con Alfonso Guerra. Él hacía muchos estudios para revistas de sociología norteamericanas. Estaba haciendo turo sobre la mujer sevillana, hace 40 años ya Alfonso se preocupaba por la mujer. Y hacía... Estaba haciendo una sobre la mujer sevillana para una publicación norteamericana y me pidió que le ayudara en las encuestas. Guardo todavía los cuestionarios, y seguramente irán en mi libro porque son muy interesantes. Tuvimos que entrevistar a muchísimas mujeres. Íbamos a Galerías Preciados, a El Corte Inglés, a los grandes almacenes a preguntar a las dependientas cuando terminaban su trabajo. Alfonso hablaba con el director, se ponía chaqueta y corbata, para que nos autorizara y yo le hacía las encuestas. Recuerdo que gané 700 pesetas que después gasté comprando libros en la librería de Alfonso Guerra. (risas) Hoy ya no compro libros en su librería, entre otras cosas porque "Antonio Machado" cerró. Hoy sigo cultivando su amistad y leo con muchísima frecuencia su libro. sus libros de memorias cuando quiero recordar o

entender algunas claves de la política actual y pasada. Siempre he pensado que Alfonso Guerra ha visto la política desde la mirada de los niños. No estamos ante un político que pretenda la igualdad a través de la lucha de clases; estamos ante un hombre que busca la igualdad en la infancia y en la niñez. Alfonso Guerra no soporta que la cuna marque para siempre el futuro de los niños. Alfonso Guerra supedita otro tipo de igualdades de tipo radical a la igualdad básica socialdemócrata de los niños desde el mismo momento de su nacimiento. Ahí encuentro yo la nota distintiva de este político socialista, controvertido e hiriente cuando olvidamos ese concepto de igualdad que sin duda constituye su pasión y su dedicación. Esta mañana me ha entrevistado un aprendiz de periodista. Esta mañana es esta mañana, esto no está en el libro. (risas) Y me ha preguntado por las claves, el tópico de siempre, por el que yo he sido capaz de mantener una amistad con los dos hombres más importantes del siglo XX del Socialismo español, Alfonso Guerra y Felipe González. Les confesaré algo que ninguno de los dos sabe: el 19 de enero cumplí 60 años. Pensaba invitaros, con la esperanza de que aceptarais, a comer a Felipe y a ti. Lamentablemente El País me quemó la idea unos días antes, cuando os reunió en El Pardo. No tomaré partido respecto a un asunto que planea sobre la biografía política de ambos personajes, pero sí diré algo al respecto: Alfonso Guerra, Felipe González y algunos otros políticos pertenecemos a una generación de políticos que no buscábamos el poder sino la libertad. Conseguida la libertad, el poder no entraba en nuestro proyecto vital-

Eso explica la resistencia de Alfonso a entrar en el Gobierno cuando se le ofrece ser Vicepresidente, y me consta esa resistencia, y eso explica también la carta de Felipe González a Alfonso Guerra, que él reproduce en la página 220 de su libro "Cuando el tiempo nos alcanza". Nuestra vida, la vida de estos políticos que estábamos con esa actitud ha sido una constante interinidad política. Interinidad no es lo mismo que afán de permanencia: la permanencia te obliga a ser temeroso y hasta cobarde, la interinidad te hace fuerte, arriesgado y decente. Alfonso Guerra siempre estuvo y está en política desde una posición de interino, de oyente en algunas ocasiones dijo él. Y eso explica su coherencia, su fuerza y sus convicciones. Siempre dispuesto a ponerse al borde del precipicio con la seguridad de que no existía miedo a caerse y con la convicción de que el contrario sí sentiría el vértigo al acercarse a terrenos resbaladizos. La interinidad te obliga a aprovechar el tiempo en beneficio de las ideas que defiendes: no quieres estar, pero si estás vas hasta el final en tus principios y en tus convicciones. Ése es Alfonso Guerra, el hombre que fue hasta el final en sus principios y en sus convicciones. Por eso Alfonso no tiene, no tenía adversarios políticos. Alfonso, como otros políticos de su generación y de su estilo, tiene amigos o enemigos: los amigos, dentro y fuera del partido; los enemigos, dentro y fuera del partido-Nadie fue capaz nunca de alcanzarle, y mucho menos de cazarle. Intentaron acabar con él, no por ser socialista sino por ser socialista coherente. Su querencia le lleva a alinearse con las causas que él considera justas y a despreciar, y yo con él, la hipocresía reinante entre quienes abrazan sólo aquello que les beneficia o que por lo menos no les perjudica. He dicho que nadie le cazaba ni le alcanzaba. Me equivoqué: le ha alcanzado el tiempo. Sólo el exceso de tiempo le ha privado de una responsabilidad institucional que hubiese merecido: la Presidencia del Congreso de los Diputados. Y con el tiempo le ha alcanzado la verdad, el reconocimiento y el respeto de quienes se descubren ante el político socialista, respetable y admirado. Por unanimidad fue Presidente de la Comisión Constitucional del Congreso de los Diputados en la legislatura pasada. No había ocurrido nunca en la historia de la democracia. Su elección por unanimidad es una lección para todos: para los cobardes que huyen de lo justo como de la peste si les perjudicara a corto plazo y para los que le tenemos como referencia en nuestra militancia política porque sabemos que no nos habíamos equivocado cuando las ratas abandonaron el barco y unos pocos nos quedamos al lado del político decente, al lado del político que cuando llegó a su despacho de Vicepresidente el primer día en el complejo de La Moncloa soñó que no fracasaríamos y empezó a trabajar. Alfonso, tienes la palabra. Gracias. (aplausos)